

mejores tropas de la coalición, en tanto que nosotros no teníamos más que cincuenta y cinco mil, de los cuales dos terceras partes eran quintos apenas vestidos é instruidos, que sin embargo compartían el noble arrojo de sus oficiales y se batían con denuedo. Pero ya no se podían contar los enemigos; era preciso dar una batalla á toda costa, pues caer sobre Schwartzberg sin haber batido á Blücher era atraer á este último y exponerse á quedar ahogado entre los brazos de los dos generales aliados. En cuanto al plan de marchar hacia las plazas para recoger las guarniciones era también imposible antes de haber batido á Blücher, pues de otro modo Blücher seguiría por todas partes, y tan de cerca que no podría dar un paso sin ser visto y acometido por este incómodo adversario. Era preciso, pues, combatir, sin pensar en el número de los enemigos ni en las dificultades de posición que habría que arrostrar para vencer.

Blücher se había incomodado por el poco cuidado de Wintzingerode en guardar el puente de Berry-au-Bac, cuando habría debido culparse á sí mismo, pues que seguramente no se hace nada si el general en jefe no atiende vigilante á que se haga. Sin embargo disimuló; Wintzingerode mandaba los rusos y era preciso contemporizar con unos aliados tan susceptibles y orgullosos; por otra parte, le quedaba aún una posición muy fuerte y muy fácil de defender, que se proponía aprovechar muy bien para resistir á los próximos ataques de Napoleón.

Cuando se ha pasado el Aisne por Berry-au-Bac siguiendo la carretera de Reims á Laón, se dejan á la derecha unos vastos campos ligeramente ondulados; á la izquierda se pasa por la falda de las cuevas de Craonne; después se penetra por entre colinas cubiertas de monte y se baja por Festieux á una llanura húmeda en medio de la cual aparece de repente el pueblo de Laón, edificado sobre un peñasco aislado y coronado de altas y antiguas murallas. Las alturas de Craonne, que se distinguen á la izquierda después de haber atravesado el puente de Berry-au-Bac, no son más que la extremidad de una meseta prolongada, que va por la orilla del Aisne hasta las cercanías de Soissons, y que por un lado forma los ribazos del Aisne, y por el otro los del Lette, riachuelo alternado de bosque y pantanos que corre paralelo al Aisne y comunica por diferentes valles con la llanura de Laón.

Sobre esta meseta de Craonne que tiene algunas leguas de largo, y que se presenta como una especie de promontorio, después que se ha pasado el puente de Berry-au-Bac, Blücher había tomado posición con su ejército y los cincuenta mil hombres que se le habían reunido. Naturalmente cada uno se había colocado según su punto de partida. Wintzingerode, llegado por Reims, había ido sobre las alturas de Craonne por Berry-au-Bac, en tanto que Bulow, llegado por la Fere y Soissons, estaba escalonado entre Soissons y Laón. Blücher, con Sacken, York, Kleist y Langerón, habiendo atravesado el Aisne en Soissons, había subido por las orillas de este río, y se encontraba en parte sobre la meseta de Craonne, y en parte sobre las orillas del Lette, entre este río y Laón.

Operado el paso del Aisne el 6 por la mañana, Napoleón quiso explorar la posición del enemigo, é hizo atacar vivamente las alturas de Craonne. Desde luego

se tomó el pueblo de Craonne, lo que no se consiguió sin trabajo ni sin efusión de sangre. Después, entrando en un valle entre la abadía de Vauclerc á la izquierda y el castillo de Bove á la derecha, Ney y Víctor trataron de tomar las alturas donde nace el Lette, y las atacaron con la resolución de apoderarse de ellas. Pero después de sufrir la pérdida de algunos centenares de hombres, conocieron que no podía lograrse sino por medio de un ataque formal, es decir por una batalla. Era preciso, pues, no verter inútilmente una sangre preciosa, y lo mejor era detenerse hasta que se hubiese tomado un partido decisivo. Ney y Víctor se acamparon al pie de las alturas. La primera división de la vieja guardia con Mortier se estableció en Corbeny, y la caballería de la vieja guardia en Craonne y en los campos próximos. La segunda división de la vieja guardia pasó la noche detrás de Berry-au-Bac, un poco hacia acá del Aisne, en Cormicy. Marmont marchaba hacia ese mismo punto, para formar la retaguardia del ejército y flanquearle durante las graves operaciones que se iban á emprender.

Necesariamente, como ya lo hemos dicho, era preciso dar una batalla, por dudoso que fuera el resultado, á consecuencia de la fuerza numérica y de la posición del enemigo; pues sin haber vencido á Blücher, no se podía ni acercarse á Schwartzberg ni ir á buscar las guarniciones de la frontera. Pero la manera de empeñar la batalla provocaba más de una cuestión. Llegar directamente á la meseta de Craonne que corre algunas leguas entre el Aisne y el Lette, para arrojar al enemigo hacia el Lette y de aquí á la llanura de Laón, era atacar la dificultad por el lado más arduo. Había otro medio que parecía menos difícil, y era, en vez de detenerse en la izquierda para combatir allí, desfilarse simplemente por nuestra derecha, seguir la calzada de Reims á Laón por Corbeny y Festieux, y bajar á la llanura de Laón, donde probablemente, cayendo en masa, se hubiese rechazado al enemigo hacia Laón.

Pero además de que había sobre este camino más de un obstáculo que superar, con esta operación se dejaba libre la vía de París, y el enemigo, teniendo Soissons en su poder, era dueño, vencido ó no, de pasar al Marne y al Sena, y reuniéndose con el príncipe de Schwartzberg, podía marchar hacia París con doscientos mil hombres. Es cierto que lo mismo podía suceder yendo hacia la frontera, conforme al proyecto de Napoleón, para recoger las guarniciones; pero no pensaba hacerlo sino después de haber debilitado á Blücher con una gran derrota, después de haber quebrantado moralmente á los aliados y reanimado con esto hasta lo sumo el valor de los parisienses y del ejército. Importaba mucho, pues, llegar hasta Blücher de modo que se tendiera un brazo hacia Soissons, y otro hacia Laón (consideración decisiva, que los críticos militares no han tenido en cuenta), y en este caso no había más que un medio, el de subir á toda costa sobre nuestra izquierda la meseta de Craonne, y hacer de este primer triunfo el primer acto contra Blücher. Llegados á la meseta tenían un camino que seguía su cumbre hasta Soissons. Podía tomarse este camino, y por un esfuerzo de nuestra derecha, arrojar al enemigo hacia el Lette; después por un segundo esfuerzo rechazarlo de Lette á la llanura de Laón, y si en fin se conseguía quitarle Laón, se habría terminado la serie de operaciones contra Blücher

del modo más decisivo. También se podía, en verdad, adoptar un partido medio, como, por ejemplo, no tomar la meseta de Craonne, ni avanzar tampoco por el camino de Reims á Laón, sino penetrar entre los dos, á favor de un barranco que da entrada al valle de Lette, y penetrar así en columna cerrada en este valle teniendo á la izquierda las alturas de Craonne y á la derecha las de Bove. Pero para eso era preciso empeñarse en un camino estrecho por medio de aldeas montuosas y pantanosas, con el peligro de ver al enemigo caer sobre nosotros de las alturas que rodean el Lette por todas partes; y se habrían necesitado tropas aguerridas é intrépidas para aventurarse así en un paso tan malo. Apoderarse de la meseta de la izquierda por un golpe vigoroso, era más conveniente para tropas jóvenes, impetuosas, sostenidas por dos divisiones de vieja guardia; y por otra parte, si la posición era temible, había la ventaja de no tener que habérselas por ese lado más que con una ala de los aliados, la cual estaba separada del resto del ejército por tantos obstáculos que no sería socorrida fácilmente.

Napoleón decidió, pues, un ataque á su izquierda sobre la meseta de Craonne. Sobre esa meseta estaba toda la infantería de Wintzingerode, confiada entonces al conde de Woronzoff, y todo el cuerpo de Sacken, con Langerón en reserva, es decir, unos cincuenta mil hombres con mucha artillería. Blücher, por las tentativas de la vispera y por la dirección de nuestros movimientos, que veía perfectamente desde las alturas que ocupaba, conoció que atacaríamos la meseta de Craonne, y en virtud de los consejos de Mr. de Muffin, cuartel maestro general del ejército de Silesia, había resuelto formar una sola masa de casi toda su caballería, llevarla hacia el camino de Laón á Reims por tierras á descubierto y precipitar doce ó quince mil jinetes sobre nuestro flanco derecho y nuestra retaguardia. Si lo conseguía nos cortaba de Berry-au-Bac, y después nos arrojaba al Aisne. La combinación podía, en efecto, tener graves consecuencias para nosotros, pero exigía dos cosas: que nosotros no hubiésemos tomado la meseta, y que la segunda división de la vieja guardia, así como el cuerpo de Marmont, destinados á cubrir nuestros flancos y nuestra retaguardia, se hubiesen dejado destrozar por la caballería enemiga, lo que no era muy probable.

Esta expedición de caballería fué confiada á Wintzingerode, que estaba considerado entre los aliados como el más experto de los oficiales de vanguardia, por lo cual había dejado su infantería y su artillería ligera al conde de Woronzoff.

Casi toda la caballería de los aliados fué lanzada hacia el Lette á través del terreno montuoso que forma las orillas de este pequeño río, y atravesado el Lette por un largo rodeo fué acumulada hacia la calzada de Laón á Reims. Kleist debía con su infantería apoyar á Wintzingerode; la caballería de York debía cuidar de las orillas del Lette; Bulow estaba encargado de guardar Laón, en tanto que Woronzoff, Sacken y Langerón defenderían hasta el último extremo la meseta de Craonne.

El 7 por la mañana Napoleón concertó su plan de ataque. Hemos dicho que la meseta de Craonne se componía de una serie de cuevas con cumbres planas, que se extendía entre el Aisne y el Lette, á los cuales separa, y se continúa hasta los alrededores de Soissons.

Tratabase de tomar la parte más avanzada de la meseta, que forma, como acabamos de ver, una especie de promontorio en medio de la llanura de Craonne. Escalarla de una vez habría sido muy difícil. Había como una primera grada que subir, y era lo que llaman la meseta pequeña de Craonne, que se eleva más arriba de Craonne y que afortunadamente habían ocupado la vispera nuestras tropas. Aquí debía estar nuestro punto de partida para elevarnos más fácilmente á la meseta. Con el fin de hacer menos mortífera la operación, Napoleón resolvió secundarla con dos ataques de flanco que la naturaleza del terreno permitía. Dos barrancos bajaban de la meseta: el de Oulches, situado á nuestra izquierda y que llegaba al Aisne, y el de Vauclerc, situado á nuestra derecha y que desembocaba en el valle de Lette, en medio del cual se encuentra la célebre abadía de Vauclerc. Estos dos barrancos, que concluyen el uno á la izquierda y el otro á la derecha sobre los flancos de la meseta, en un sitio llamado la *granja de Heurtebise*, debían servir para atacar á retaguardia á las tropas que defendieran la posición principal. Ney con sus dos divisiones de joven guardia y teniendo por apoyo una parte de la caballería de Nansouty debía empeñarse en el valle de Oulches, en tanto que Víctor con sus dos divisiones de joven guardia, entrando en el de Vauclerc, llegaría á desembocar sobre la meseta, bastante cerca de Ney y hacia la granja de Heurtebise. Napoleón en el centro con la vieja guardia, la reserva de artillería y el grueso de la caballería, estaba sobre la pequeña meseta de Craonne, pronto á ordenar el ataque de la meseta principal cuando se lo permitiera el movimiento de sus alas.

En este momento Marmont llegaba de Berry-au-Bac para cubrir nuestra retaguardia. Habiendo debido desfilarse todas nuestras tropas por el único puente de Berry-au-Bac, la mayor parte de nuestra artillería estaba á retaguardia, circunstancia sensible enfrente de un enemigo que había reunido delante de su posición un número considerable de cañones.

A las diez de la mañana, Napoleón dió la señal de ataque. Víctor á la derecha se empeñó en el valle de Vauclerc y Ney á la izquierda en el de Oulches. Víctor con una brigada de la división Boyer se dirigió hacia el parque de la abadía de Vauclerc, donde encontró bien situada la infantería de Woronzoff y protegida por una poderosa artillería que disparaba desde la cima de la meseta; después de sufrir pérdidas sensibles, Víctor se apoderó del parque de Vauclerc. Más arriba se alzaban casas y huertas escalonadas sobre el flanco de la meseta. El enemigo tenía allí una reserva que quiso arrojar sobre la división Boyer, pero era tarde. Esta división sólidamente establecida en las casas y huertas de la abadía, no se dejó arrancar el puesto que había conquistado. El enemigo la abrumó con disparos y prendió fuego á las casas en donde estaba, pero se sostuvo firme en medio de las llamas.

Durante este tiempo se oía al otro lado de la meseta en el valle de Oulches el cañón de Ney que luchaba con Sacken, y trataba de quitarle la granja de Heurtebise. Siendo la meseta muy angosta por esta parte había poca distancia sobre la extremidad del barranco de Vauclerc y la del de Oulches, y los dos mariscales combatían muy cerca uno de otro. Ney había entrado en

el valle de Oulches con sus dos divisiones y la caballería de Nansoutty. Había formado en dos columnas su infantería y se había avanzado bajo un terrible fuego de metralla, pues los rusos habían aglomerado su artillería en cada una de las salidas. Los soldados de Ney, jóvenes y ardientes, soportaron este fuego con valor y llegaron hasta el borde de la meseta; pero una vez allí encontraron á la infantería de Sacken en muchas líneas que tiraba sobre ellos á quemarropa y fueron rechazados hasta el fondo del barranco. Sin embargo, el destino de la guerra dependía de esta batalla y Ney no quería que este resultado dependiese del poco valor de las tropas que mandaba. Sin abatirse y con ese atrevimiento al cual sus soldados no resistían jamás, reorganiza sus batallones en el fondo del barranco, les habla, los reanima y después imagina reunirlos en una sola columna y caer á paso de carga sobre el enemigo á fin de no dejarle tiempo para aprovechar sus tiros. En efecto, la columna se forma con la resolución de vencer ó morir, después se avanza á lo largo del barranco, y llegada á su extremo se lanza con el mariscal á su cabeza bajo una granizada de balas. Veloz como un rayo llega á la infantería sorprendida de Sacken, la destroza y la obliga á retirarse. Esta infantería sucumbe á semejante esfuerzo, y retrocede hasta una aldea que se llama Paissy, dejando á las divisiones de Ney el espacio suficiente para desplegarse. En tanto que la izquierda de Ney toma posición sobre la meseta, su derecha cae sobre la granja de Heurtebise, donde penetra á pesar de la resistencia del enemigo, y pasa á cuchillo á cuantos la ocupaban. Al cabo de algunos instantes, la infantería de Sacken, repuesta de su sorpresa, trata de reconquistar el terreno perdido; pero los soldados de Ney, hallándose en aquel momento en igual posición, no quieren ceder el borde de la meseta, tan costosamente adquirido. Por una parte y otra se la disputaban casi á quemarropa. En el ataque de la derecha, Víctor, alentado por el triunfo de Ney, no quiere quedarse atrás. La división Boyer, después de haber tomado la abadía de Vauclerc, procura desembocar sobre la meseta y llega á establecerse con la división Charpentier á las orillas de un pequeño bosque que se extiende de la abadía de Vauclerc á la aldea de Ailles. Colocado allí, resistió sin cejar el fuego de sesenta cañones. Habiendo dejado libre el centro estos dos ataques de flanco, Napoleón, á la cabeza de la vieja guardia, sube á la meseta casi sin tirar un tiro, y toma posición enfrente de la granja de Heurtebise, formando así una línea que enlaza el ataque de Ney con el de Víctor. El retraso de nuestra artillería nos deja expuestos al fuego de los muchos cañones del enemigo. Para compensar esta inferioridad envía cuatro baterías de Drouot que corren á desplegarse entre Ney y Víctor. El fuego se hizo entonces menos desigual, pero siempre muy mortífero, y aunque acribilladas de balas y metralla, las dos divisiones de Charpentier y Boyer se sostienen con heroica firmeza.

A la izquierda, en el centro y á la derecha, habíamos ganado terreno sobre la meseta, pero esto no bastaba; era preciso sostenerse allí, extenderse, y arrojar á otra parte al enemigo. A la caballería le tocaba ahora sostener á la infantería, pues más allá de la granja de Heurtebise el terreno empieza á ensancharse. Los escuadrones de Nansoutty, que habían seguido á Ney por el

barranco de Oulches, y habían desembocado con él en la meseta, pasan entre las divisiones de estos dos batallones, y caen sobre el enemigo, los lanceros polacos y los cazadores de á caballo á la cabeza, y los granaderos en reserva. Estos valientes jinetes, encontrando aquí espacio para desplegarse, se lanzan al galope, rompen varios cuadros rusos, los rechazan sobre la aldea de Paissy, y ya con un solo paso pueden precipitarlos en un barranco paralelo al de Oulches y que llega al Aisne. Pero al replegarse la infantería rusa, descubre una línea de artillería que hace disparos de metralla contra nuestros jinetes, los contiene y los hace retroceder para no sufrir aquel fuego destructor, siendo seguidos por doce escuadrones rusos. Éstos á su vez cargan con tanta fuerza que se adelantan á los granaderos á caballo de la guardia que se habían quedado en segunda línea. Al aspecto de este torbellino de caballería, los jóvenes soldados de Ney pierden el valor y huyen hacia el barranco de Oulches, de donde se habían lanzado con tanto arrojo á la conquista de la meseta. En vano Ney metiéndose en medio de ellos los llama con voz vibrante y ademanes enérgicos: ellos huyen sobrecogidos por un terror inexplicable, fenómeno muy frecuente en los jóvenes, cuya emoción les hace ser tan prontos en la huida como en el ataque. Napoleón, colocado un poco más atrás y atendiendo á las vicisitudes de la batalla, envía á Grouchy con el resto de la caballería, para llenar el vacío que acababa de hacerse en su línea de batalla, y tender un velo que, cubriendo la escena á nuestros fugitivos, les permitiera recobrar su presencia de ánimo. Llega Grouchy, ocupa el sitio, y va á dar una carga cuando una bala le derriba de caballo. Privada de su jefe, nuestra caballería se queda inmóvil, aunque protegiendo, sin embargo, la reunión de la infantería de Ney. Hacia nuestra derecha Víctor, á la cabeza de las divisiones Boyer y Charpentier, persiste en sostenerse á la orilla del bosque de Ailles. Herido gravemente es reemplazado por el general Charpentier. Napoleón, temiendo que sus alas que con mucho trabajo se sostienen en la meseta concluyeran por ceder, hizo avanzar una división de la vieja guardia para que se desplegara entre ellas. Estos viejos soldados avanzan con paso resuelto entre nuestras dos alas, en tanto que al mismo instante llegan ochenta cañones harto tiempo esperados. Nuestra inferioridad en artillería se concluye al fin y ya era tiempo, pues casi todos los cañones de Drouot se hallaban desmontados. Estas ochenta piezas puestas en batería entre las tropas de Ney y las de Víctor, lanzan en breve torrentes de fuego sobre los rusos y les causan pérdidas crueles.

La infantería de Sacken y Woronzoff, después de haber resistido un rato, cede á su vez bajo las repetidas descargas de metralla; retrocede y nos abandona el terreno. Entonces nuestra izquierda se pone en movimiento para seguirla. Las tropas de Víctor, haciendo un postrer esfuerzo, se apoderan de la aldea de Ailles y toman definitivamente su puesto á la derecha del ejército. Las tropas de Ney no se quedan atrás y nuestra línea entera se adelanta entonces recorriendo la cumbre de la meseta que ora se ensancha, ora se encajona, y rechaza á la infantería de Sacken y de Woronzoff sobre la de Langerón.

En vano quiere cargar la caballería rusa para cubrir

esta retirada; nuestros cazadores y nuestros granaderos de caballería se precipitan sobre ella y la rechazan. Refugiada detrás de su infantería, se rehace y trata de volver á la carga. Nuestros dragones la destrozan de nuevo. De este modo recorren victoriosamente la cumbre de la meseta, con la izquierda hacia el Aisne y la derecha al Lette, dominando algunos centenares de pies el cauce de estos dos ríos y empujando adelante á los cincuenta mil hombres de Sacken, de Woronzoff y de Langerón. Así los llevan durante dos leguas, es decir, hasta Filain, y como en este sitio parecen querer bajar al valle del Lette, nuestra izquierda, que avanza por un rápido movimiento de conversión, los rechaza bruscamente al valle. Nuestra artillería en desquite de su tardanza los sigue hasta la orilla del valle y los cubre de metralla hasta que encuentran un abrigo en la hondonada cubierta de monte del cauce del Lette.

La noche se aproximaba y nada anunciaba queuviésemos que temer ningún esfuerzo del enemigo ni á nuestros flancos ni á retaguardia. Con efecto, aquella irrupción de los quince mil jinetes de Wintzingerode, cuyo proyecto ignoraba Napoleón, pero cuya posibilidad había admitido, y contra la cual había tomado sus precauciones dejando una división de vieja guardia y el cuerpo de Marmont á la falda de las alturas de Craonne, no se había ejecutado aún, y estaba para caer la tarde. A pesar de las instancias de Blücher que tenía mucha confianza en esta combinación, la caballería de Wintzingerode empeñada en el valle de Lette, en medio de un país montuoso y pantanoso, entorpecía los movimientos de la infantería de Kleist, así como entorpecía los suyos, y no habiendo llegado á Festieux hasta muy tarde, no se había atrevido á intentar á tales horas una empresa que podía tener tantos peligros como ventajas. Blücher tuvo que atenerse, pues, por aquel día á la pérdida de la meseta de Craonne.

Tal había sido la sangrienta batalla de Craonne, consistente en la conquista de una meseta elevada, defendida por cincuenta mil hombres y mucha artillería, y atacada por treinta mil hombres con una artillería insuficiente. La tenacidad por una parte y el valor por otra fueron admirables, y entre nosotros las divisiones Boyer y Charpentier reunieron al vigor una paciencia extraordinaria contra el fuego enemigo. Ney había sido como de costumbre uno de los héroes de la batalla. Los rusos habían perdido de seis á siete mil hombres, y no es de extrañar que nosotros, desembocando al frente de un fuego horroroso, perdiéramos de siete á ocho mil. La diferencia en nuestro perjuicio habría sido mayor si nuestra artillería, rezagada, no por su culpa, sino por la distancia, no hubiese llegado al fin á compensar con sus destrozos los que habíamos sufrido. Después de este noble esfuerzo de nuestro ejército, ¿podíamos sacar alguna utilidad al otro día? ¿Habría corrido al menos fructuosamente para la Francia la sangre de nuestros soldados? Tal era la cuestión que tenía que resolverse en cuarenta y ocho horas y cuya solución no dependía por desgracia del genio de Napoleón, pues en este caso no habría sido dudosa un solo instante.

Napoleón, aunque satisfecho con este primer triunfo y admirado del arrojo de sus tropas, estaba muy preocupado acerca de las operaciones posteriores, pero seguía firme en su resolución de combatir; resolución de-

terminada por la necesidad de vencer á Blücher antes de dirigirse contra Schwartzberg. Sólo deliberaba sobre un punto, y era el de saber, ahora que se hallaba en posesión de la meseta de Craonne, por qué lado bajaría á la llanura de Laón. Pero aquí también una necesidad, casi tan absoluta como la de combatir, le obligaba á marchar por la calzada de Soissons á Laón, y era la necesidad de colocarse entre estas dos ciudades á fin de interceptar el camino de París. Desgraciadamente esta calzada presentaba más dificultades que la de Reims para penetrar en la llanura de Laón. Llegados á la parte de la meseta que se encuentra entre Aigy y Filain teníamos que volver á la derecha, bajar al valle del Lette entre Chavignón y Vicel, y entrar en un desfiladero formado á la izquierda por alturas montuosas y á la derecha por el arroyo de Ardón, que viene de Laón y que tiene á su orilla prados pantanosos. En el camino se encontraban sucesivamente las aldeas de Etouvelles y de Chivy, y después se desembocaba por la calzada de Soissons en la llanura de Laón. Penetrar con todo el ejército en ese angostoso desfiladero donde sólo se tenía para maniobrar el ancho de la calzada, era sumamente peligroso. Con efecto, el enemigo que ocupaba fuertemente las aldeas de Etouvelles y de Chivy podía detenernos; y sin embargo, no había medio de operar diferentemente, pues pasar á la derecha para tomar la carretera de Reims á Laón que pasa el Aisne por Berry-au-Bac, era descubrir la de Soissons, y al fin se debía tomar el camino de Reims; ¿para qué haber perdido siete mil hombres en la conquista de la meseta de Craonne? Habiéndose atendido en la primera batalla á la grave razón de estar siempre cerca de Soissons, no podía menos de atenderse también ahora. Bajo este concepto, Napoleón, que había pernoctado el 7 en la meseta, pasó á establecerse el 8 entre el Ange Gardiën y Chavignón, en la boca del desfiladero que conduce á la llanura de Laón. Concedió este día de descanso á sus tropas á fin de que pudieran respirar y que el mariscal Marmont tuviera tiempo de entrar en línea.

Quería emplear á este mariscal para contrarrestar lo más posible los inconvenientes de la situación en que tenía forzosamente que empeñarse. El mariscal Marmont acababa de recibir de París una nueva división de reserva, compuesta como las que mandaba el general Gerard de batallones de línea formados á toda prisa en los depósitos. Constaba de cuatro mil quintos que, como los demás, tenían quince ó veinte días de incorporación, pero que se hallaban al mando de oficiales exaltados por el peligro de la Francia y por el honor amenazado de nuestras armas.

Esta división colocada bajo las órdenes del duque de Padua, elevaba á doce ó quince mil hombres el cuerpo de Marmont y á unos cincuenta mil el total de las fuerzas de Napoleón, deducidas, por supuesto, las pérdidas de la batalla de Craonne.

Napoleón imaginó dirigir el cuerpo del duque de Ragusa por el camino que no quería seguir él, que era el de Reims á Laón. Este cuerpo, pasando por Festieux, y sin grandes dificultades que vencer, llegaría á establecerse sobre nuestra derecha en la llanura de Laón, y llamando hacia él la atención del enemigo, facilitaría á nuestra columna principal el paso del desfiladero de Etouvelles y Chivy. Sin duda alguna, aun con esta pre-

caución había peligro, pues desembocando Napoleón á nuestra izquierda por un desfiladero estrecho, y saliendo Marmont á descubierto por nuestra derecha por la llanura de Laón, distantes tres leguas uno de otro, podían ser batidos sucesivamente antes de que tuvieran tiempo de darse la mano. Pero ¿qué remedio? ¿Dónde no había peligro y mucho más grande que el que iban á arrostrar? No era posible, en efecto, desviarse de Blücher sin haberle batido; no era posible seguir en masa la carretera de Reims sin abandonar la de Soissons, es decir, la vía de París; por consiguiente, siendo el paso por el desfiladero de Etouvelles á Chivy la consecuencia de un encadenamiento de necesidades, era preciso resignarse á él, disminuyendo en cuanto fuese posible las dificultades que ofrecían las operaciones.

Evidentemente era más probable forzar el desfiladero añadiendo al ataque de la izquierda una demostración accesoria sobre la derecha. Además una vez superado el obstáculo, aplicándose Napoleón á extenderse rápidamente á la derecha para dar la mano á Marmont y entrando éste con tiento en la llanura de Laón, podían conjurarse los principales peligros de esta manera de operar. Pero, repetimos, en todo lo que podían imaginar había peligros, siendo el mayor de todos el vacilar y no hacer nada.

Habiéndose consagrado al descanso y á la reorganización de las tropas el día 8, Napoleón resolvió, el 9 por la mañana, avanzar hasta el centro de la húmeda llanura de Laón. El atrevido Ney debía marchar á la cabeza y forzar el desfiladero de Etouvelles á Chivy. Para facilitarle su tarea, Napoleón encargó al general Gourgaud que penetrara durante la noche con algunas tropas ligeras por las cuestecillas montuosas que dominaban á nuestra izquierda y que flanqueara el desfiladero y apareciera de repente á la orilla de la calzada entre Etouvelles y Chivy. La división de dragones de Roussel tenía orden, una vez pasado el desfiladero, de precipitarse á galope sobre el pueblo de Laón, para tratar de penetrar en él envuelta con el enemigo.

El mariscal Ney, para asegurar bien el resultado, se puso en marcha el 9 antes de amanecer, cuando las tropas aliadas se hallaban sumergidas aún en un profundo sueño. Los soldados del 2.º de ligeros, bajo el mando del intrépido mariscal, cayeron en columna cerrada sobre Etouvelles, sorprendieron una avanzada de Czernicheff que pasaron á cuchillo, y después de haber ocupado la aldea cayeron sobre Chivy, de la que también se apoderaron; y aun sucedió que la pequeña columna del general Gourgaud encargada de flanquear el desfiladero, habiendo hallado más dificultades que la columna principal, no se presentó delante de Chivy sino cuando ya estaba el mariscal Ney. Sin embargo, pudo reunirse con él cuando entraba en la llanura de Laón. La división de dragones de Roussel se lanzó entonces al galope sobre la calzada; pero fué contenida por la metralla de una batería de doce cañones, que la hizo perder algunos hombres con su comandante de escuadrón. Hubo, pues, que detenerse y esperar á la infantería antes de pensar en el ataque de Laón. Por lo demás, el desfiladero que se había creído tan temible se había atravesado fácilmente, y todo el ejército podía desplegarse en la llanura. Ney se colocó delante de Chivy y enfrente del arrabal de Semilly. Charpentier tomó posi-

ción á la izquierda con las dos divisiones de joven guardia del mariscal Víctor. Mortier á la derecha, con la segunda división de vieja guardia, y con la división de la joven guardia de Poret de Morván. Friant, á la cabeza de la división principal de vieja guardia, se estableció detrás en el centro. Por último, seguían la caballería y la reserva de artillería, completando un total de treinta y seis mil combatientes. Marmont, á tres leguas sobre la derecha, separado de Napoleón por unas alturas montuosas, estaba con doce ó trece mil hombres en la carretera de Reims esperando á nuestro cañón para arrojarlo á la llanura.

Una densa niebla cubría el territorio en cuyo centro se eleva Laón y apenas se veían las torres de la ciudad, que se destacaban en aquel horizonte brumoso. Favorecido por la niebla, Ney se arrojó sobre el arrabal de Semilly, edificado al pie de la altura que la población corona; y Mortier, con la división de Poret de Morván, se arrojó á la derecha, sobre el arrabal de Ardón, en una situación idéntica. La presteza del ataque, el arrojamiento de un principio feliz, la niebla, todo contribuyó al buen éxito de esa doble tentativa. En una hora nos hicimos dueños de los dos arrabales.

Pero en breve comenzamos á distinguir á través de la niebla que se iba disipando el sitio que debía servirnos de campo de batalla, y el enemigo pudo tranquilizarse al ver el corto número de soldados que se presentaban contra sus cien mil hombres.

Laón se eleva sobre un pico de forma triangular, bastante parecido á un trípode, de unos doscientos pies de altura y que domina el verde territorio que la rodea. La antigua ciudad, cercada de murallas almenadas y de torres, ocupa enteramente la cumbre de la altura. A su falda en el llano se encuentran al Sur los dos arrabales de Semilly y Ardón que acabábamos de ocupar; al Norte los de Neuville á la izquierda, de Saint-Marcel en el centro y de Vaux á la derecha, que no podíamos distinguir porque la población los ocultaba. Blücher, después de haber cedido la meseta de Craonne á nuestros esfuerzos, estaba bien resuelto á disputar la llanura de Laón, apoyándose fuertemente en el peñasco coronado de muros que la domina y en los arrabales edificados en su contorno. Su alma rebosaba demasiado valor, patriotismo y orgullo para abandonar á cuarenta y ocho mil hombres un campo de batalla que ocupaba con cien mil, que era de fácil defensa, de una importancia capital, y cuyo abandono implicaba para él una retirada sin punto fijo en donde detenerse, pues el ejército de Silesia estaba separado del de Bohemia de una manera tal que toda reunión era imposible. La suerte de la guerra dependía, pues, de esa posición de Laón, y en su consecuencia, era para unos y otros cuestión de vida ó muerte.

Blücher tenía un motivo más para batirse con desesperación. A causa de los celos que reinaban entre los prusianos y los rusos, aunque fuesen, sin embargo, los más unidos de los aliados, se había propagado la falsa idea entre los rusos de que en Craonne los prusianos habían permitido su derrota. Esta prevención infundada, como la mayor parte de las que se suscitan entre aliados que hacen la guerra juntos, había producido entre ellos un desacuerdo gravísimo; y de este modo una batalla en que todos tomaran parte era, además de las necesidades

militares que hemos señalado, una verdadera necesidad moral y política. Por estas diversas razones Blücher había resuelto defender Laón á todo trance, y con este fin había tomado las disposiciones más acertadas.

Las tropas prusianas que no habían combatido la víspera, se hallaban en parte sobre la altura de Laón y en parte en la llanura, enfrente de los arrabales de Semilly y de Ardón que habíamos ocupado. Estas fuerzas debían defender el punto principal, que era el de Laón. Al lado, hacia nuestra izquierda y la derecha del enemigo, se encontraba Woronzoff entre Laón y Clacy, dando frente á las alturas montuosas por donde habíamos desembocado. Los cuerpos de los generales Kleist y York, confundidos en uno solo, estaban en el extremo opuesto, es decir, á nuestra derecha y á la izquierda de los aliados, enfrente de la carretera de Reims, por la cual se esperaba á Marmont. Quedaban Sacken y Langerón, que Blücher había colocado detrás de la altura de Laón al abrigo de nuestras miradas y de nuestros golpes y en estado, según fuera preciso, de marchar libremente á la calzada de Soissons ó á la de Reims. Blücher, en la ignorancia de nuestros proyectos, no sabía por qué parte tendría lugar el ataque principal; sabía únicamente por sus reconocimientos que había tropas francesas en los dos caminos, y por este motivo había preparado una fuerte reserva detrás de Laón para dirigirla al punto en donde se declarara el peligro.

Así que se disipó la niebla, Blücher mandó atacar el arrabal de Semilly que había tomado Ney al extremo del camino de Soissons, y el de Ardón que Mortier había tomado un poco á la derecha de este camino con intención de dar la mano á Marmont. La infantería de Woronzoff atacó á Semilly y la de Bulow atacó á Ardón. Como es costumbre en un retorno ofensivo, los rusos y los prusianos acometieron vigorosamente, penetraron en los dos arrabales y arrojaron de ellos á nuestros soldados. Ya la columna de Woronzoff, que había tomado Semilly, avanzaba en masa por la calzada de Soissons y su movimiento iba á cortar la retirada á las tropas de Mortier, que expulsadas de Ardón se hallaban en el aire sobre nuestra derecha, cuando el resuelto mariscal Ney, tomando algunos escuadrones de la guardia, se arroja sobre la infantería rusa, la detiene, da á su infantería tiempo para que se reuna y la lleva á Semilly, que vuelve á ocupar victoriosamente. En tanto que cumple esta hazaña sobre nuestro frente, á nuestra derecha, el general Belliard, que reemplazaba á Grouchy en el mando de la caballería, se pone á la cabeza de los dragones de España (división Roussel), carga á su vez á la infantería de Bulow, la pone en derrota y abre de nuevo al cuerpo de Mortier el camino de Ardón.

Después de haber tomado, perdido y vuelto á tomar repetidas veces estos arrabales de Semilly y de Ardón, situados al pie del peñasco de Laón, los dos ejércitos se encarnizaron uno contra otro en derredor de estos puntos. El enemigo entraba hasta la mitad del arrabal, le arrojaban de allí y volvía á la carga inmediatamente. Napoleón, devorado de impaciencia, enviaba uno tras otro á sus edecanos al mariscal Marmont para acelerar su marcha, pues pensaba con razón que la aparición de este mariscal produciría en los aliados un quebrantamiento moral del que podrían aprovecharse para arrancarle del pie de aquella altura que les disputaban con

tanto empeño. Pero las tres leguas de pantanos y de cuevas montuosas que era preciso atravesar por entre una nube de cosacos, dejaban pocas esperanzas de comunicar con Marmont.

Entretanto, pensando Napoleón que si había un medio de desalojar á Blücher del pie de aquel peñasco fatal de Laón, consistía ese medio en adelantarle, encargó al valiente Charpentier con sus dos divisiones de joven guardia que se habían cubierto de gloria la antevíspera, que corriera á lo largo de las cuevas montuosas que encajonan la llanura y fuera á tomar la aldea de Clacy sobre nuestra izquierda, desde donde podía arrancar para flanquear Laón por el arrabal de Neuville y por el camino de la Fere.

Esta orden se ejecutó valerosamente. El general Charpentier, marchando al pie de las cuevas y manteniéndose sobre los prados pantanosos de la llanura, en tanto que las guerrillas de cazadores enviados á retaguardia por los bosques dividían la atención del enemigo, atravesó sucesivamente Vaucelles, Mons-en-Laonnois, y llegó por fin á la aldea de Clacy, que ocupaba una división de Woronzoff. Friant con una división de vieja guardia le seguía para prestarle ayuda si era necesario. Charpentier se arrojó sobre Clacy con tal vigor que penetró en el pueblo á pesar de la enérgica resistencia de los rusos. Nuestros jóvenes soldados, exaltados por la pelea, mataron algunos centenares de hombres á bayonetazos y cogieron muchos centenares de prisioneros. Este triunfo sobre nuestra izquierda era importantísimo para lo demás de la batalla, pues nos daba algunas probabilidades de poder flanquear á Blücher. Sin embargo, fué compensado hacia nuestra derecha con la pérdida del arrabal de Ardón, donde Bulow se arrojó furioso por última vez. La división Poret de Morván perdió á su general y tuvo que retirarse. Pero en el centro Ney se había quedado dueño del arrabal de Semilly á la cabeza de la calzada de Soissons. A la derecha, si habíamos perdido Ardón, habíamos ocupado la aldea de Leully; á la izquierda estábamos en posesión de Clacy, desde donde era posible flanquear Laón. Había, pues, un verdadero progreso debido á la columna principal que dirigía Napoleón en persona, y á pesar de nuestra inferioridad numérica, podíamos prometernos aún la conquista de la llanura de Laón regada ya con tanta sangre, pero para esto era preciso que todo saliera bien en nuestra extrema derecha, es decir, en el camino de Reims.

Efectivamente, por este camino había desembocado al fin Marmont de Festieux á la llanura de Laón. Su cañón que se oyó á las dos de la tarde había llenado á Napoleón de esperanzas y de ansiedad á Blücher.

Marmont había marchado por el camino de Reims con la joven división de Padua á la cabeza hacia la aldea de Athies, en presencia de las oleadas de caballería enemiga. Sucesivamente había ido rechazando esta caballería y luego se había acercado á las casas de Athies, donde se hallaban en posición las tropas de York y Kleist. Marmont que oyó por su parte el cañón del emperador y que comprendía la necesidad de hacer aquel día alguna cosa para secundarle, creyó que debía tomar el pueblo de Athies. Bajo este concepto, queriendo facilitar el ataque á sus jóvenes tropas, puso cuarenta piezas á su frente y cañoneó la aldea del modo más terri-